

Decimonoveno Domingo del Tiempo Ordinario A2020

Hoy quiero hablarles sobre el desafío de encontrar a Dios en las circunstancias ordinarias de la vida. Para poder desarrollar este tema, me enfocaré especialmente en la primera lectura.

De hecho, el profeta Elías que huía de la ciudad de Jerusalén para proteger su vida encuentra refugio en una cueva cerca del monte Horeb. ¿Por qué estaba huyendo? Porque la reina Jezabel, la esposa pagana del rey Ajab, quería matarlo por haber masacrado a los falsos profetas de Baal.

Cansado con el viaje de 40 días en el desierto, Elías encontró un refugio en la cueva. En este preciso momento, escuchó la voz de Dios que le pedía que saliera y se parara a la entrada de la cueva para poder hablar con él. Mientras Elías esperaba a Dios, vino un viento huracanado fuerte, pero Dios no estaba en el viento. Luego, se produjo un terremoto, pero Dios no estaba en el terremoto. Después de esto, vino un fuego, pero Dios no estaba en el fuego. Finalmente, llegó un murmullo de una brisa suave y Dios estaba allí. Al reconocer a Dios en la brisa, Elías se arrodilló en adoración.

El viento huracanado, el terremoto y el fuego nos recuerdan el encuentro entre Dios y Moisés mientras hablaba con él en el Monte Sinaí y la zarza ardiente (Éxodo 3: 1-17; 19: 16-19; Deuteronomio 4: 10- 15).

Entonces, Elías esperaba que Dios viniera a él de la misma manera que lo hizo en el pasado con Moisés. Pero, Dios eligió otro camino, el de la simplicidad, la gentileza y la humildad. Mientras esperaba que Dios viniera a él en manifestaciones extraordinarias, Dios eligió una manifestación ordinaria, el murmullo de una brisa suave.

¿Por qué estoy interesado en este texto? Porque contiene un mensaje importante que puede enseñarnos la forma en que Dios se revela a nosotros y al mundo hoy. De hecho, muchas personas creen que es en los eventos extraordinarios y en los acontecimientos alucinantes que Dios está presente y es allí donde podemos encontrarle. Y sin embargo, la primera lectura de hoy nos enseña exactamente lo contrario:

Primero, Dios no viene a nuestro encuentro de maneras muy espectaculares. Por supuesto, no podemos ponerle límites a Dios ni imponerle una forma particular en la que tiene que revelarse a nosotros. Pero, en este caso particular, como lo es en la encarnación de Jesús, Dios viene a nosotros con gentileza, simplicidad y en las circunstancias ordinarias de la vida.

Solo los que se abren a la dimensión interior de la vida pueden descubrir la presencia de Dios en el centro de su vida ordinaria. Por no haber podido abrirse a la dimensión de la vida interior, los israelitas no reconocieron al Mesías cuando vino, aunque estaba presente en medio de ellos (Juan 1: 26).

En otras palabras, las circunstancias ordinarias de la vida hablan de Dios porque está escondido en ellas. Sin los ojos del corazón, que son los ojos de la fe, sería difícil descubrirlo. Como San Pablo dice: "Que les ilumine la mirada interior, para apreciar la esperanza a la que han sido llamados por Dios, la herencia tan grande y gloriosa que reserva Dios a sus santos, y la fuerza incomparable con que actúa a favor de los que creen" (Efesios 1: 18-19).

En segundo lugar, la vida se compone de gestos muy simples como recibir a los amigos, comer algo, acostarse por la noche, descansar un poco, levantarse por la mañana, ir a trabajar, dedicarnos a algunas actividades, etc. Estas actividades son tan ordinarias que vamos día tras

día, semana tras semana, mes tras mes, año tras año, sin que la corriente de nuestra vida cambie en absoluto.

Es en estas cosas muy simples que tenemos la oportunidad de encontrarnos con Dios, abrirnos a él, alabarlo por el regalo de la vida con sus tendencias diarias de altibajos y mostrarle nuestro agradecimiento por lo que está haciendo por nosotros al otorgarnos sus bendiciones.

Sin embargo, si nuestros ojos están ciegos, podemos pasar a su lado mientras él extiende sus manos hacia nosotros, saludándonos. Si nuestros oídos están sordos, no podemos escucharlo gritándonos, llamándonos. Si cumplimos nuestras actividades lo mejor que podamos para la gloria de Dios y el bienestar de nuestros semejantes, se convierten en un espacio de encuentro con Dios.

Tercero, cuando prestamos atención a los acontecimientos diarios de nuestras vidas, nos damos cuenta de que todo se refiere a Dios como una fuente que da vida y consistencia a nuestras actividades. Al final, a través de estas simples actividades humanas podemos elevarnos a Dios como su fuente y origen.

De esta manera, lo que parece ordinario y banal se convierte en un puntero a Dios. Pero, si esperamos que solo nos sucedan las cosas extraordinarias, si todo nuestro anhelo es que nos encontremos con las cosas que nos pueden sorprender, por lo que podemos decir "wow, wow", corremos el riesgo de nunca encontrarnos con Dios a través de lo que hacemos, en las circunstancias muy ordinarias de la vida.

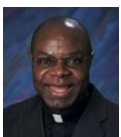
En verdad, cualquier actividad en la que estemos involucrados es una oportunidad dada de elevarnos a Dios, porque él ya nos ha precedido en ella. Lo ha santificado con su presencia dominante.

La atención a lo ordinario de la vida como un espacio de encuentro con Dios requiere la apertura de los ojos de los corazones, porque como dice el escritor francés Antoine de St Exupery en "El Principito": "Lo que es esencial es invisible para los ojos". . Uno ve bien solo con el corazón".

Dios viene a nosotros en las circunstancias ordinarias de la vida. Él viene a nosotros a través de los gestos diarios del trabajo, en el diálogo con nuestros compañeros, en el encuentro con los extraños, en el intercambio con los necesitados, los pobres, etc. Cada vez que, animados e inspirados por su Espíritu, queremos prolongar sus gestos de amor, compasión, perdón y generosidad, Jesús viene a nuestro encuentro. Cuando no podemos reconocer los signos de su presencia en medio de nuestra vida ordinaria, entonces, es posible que pasemos a su lado mientras él nos extiende su mano.

Oremos, hermanas y hermanos, para que nuestro Señor toque nuestros corazones para que lo reconozcamos en nuestras actividades diarias y en el encuentro con los semejantes, amigos, extraños y necesitados. ¡Que Dios los bendiga a todos!

1 Reyes 19: 9^a, 11-13a; Romanos 9: 1-5; Mateo 14: 22-33



Fecha de la Homilía: el 09 de Agosto, 2020
© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20200809homilia.pdf